

LOS PAPELES DEL ALMIRANTE (COMBATE NAVAL DE CUBA, 1898)

Extracto del prólogo del General José Cervera Pery, del libro “Colección de documentos referentes a la ESCUADRA DE OPERACIONES DE LAS ANTILLAS, ordenados por el Almirante Cervera en 1899”.

El 30 de agosto de 1899, el almirante don Pascual Cervera y Topete, satisfecho su honor tras la absolución recibida en el consejo de guerra a que fue sometido al regreso de su prisión en Annapolis, publica su «Colección de documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas». En ellos transcribe en exposición ordenada, concreta y sin comentarios, en estricto orden cronológico, las comisiones ordenadas, las instrucciones recibidas, las respuestas enviadas y la correspondencia con sus allegados y amigos en la que valoraba y sopesaba lo que de antemano entendía como las consecuencias de un desastre irremediable. La evidente oportunidad y previsor sentido del almirante de conservar tan valiosos papeles se vio recompensada por la justicia de su acogida. Los documentos, al perder carácter secreto, causaron un profundo impacto en la opinión pública, quizá dividida aún por el desconocimiento de los hechos pero que, al conocer el libro, se pronunció en un auténtico clamor de fervor popular a favor de su redactor, quien comenzó a recibir en aluvión nuevas y sinceras muestras de admiración y de respeto desde todas las partes del mundo.

¿Por qué de la publicación de los citados documentos? La respuesta parece clara: la guerra hispano-norteamericana significó la culminación de una serie de despropósitos políticos, característica muy acusada a lo largo de todo el siglo XIX y que aportó las secuelas inevitables de una honda crisis de conciencia nacional. España perdía con ella, no ya los últimos reductos de su prolongación ultramarina, sino todo vestigio de poder naval, quebrantado ya desde comienzos de siglo tras la batalla de Trafalgar.

Es preciso plantearse con absoluta crudeza los auténticos determinantes que motivaron la declaración de tan absurda como ilógica guerra, entre dos naciones separadas por la inmensidad del océano y que tiempo atrás habían mantenido algo más que relaciones cordiales.

Los errores estratégicos en el planteamiento de una guerra naval se pagan a un alto precio. Los documentos de Cervera dejan constancia de cómo el almirante los había intuido, aunque tristemente no estaba para remediarlos, sino para cumplir con el deber impuesto, con disciplina y lealtad.

La historia ofrece a veces el ejemplo de sus enseñanzas. Para no pocos españoles era lícito prever la victoria de sus fuerzas navales, porque las norteamericanas, aunque dotadas de abundantes medios operativos para conducir con éxito una campaña naval, en su mayoría eran fuerzas sin cohesión de razas, cosmopolitas y sin la suficiente preparación para sobrepasar el valor indómito español. Vana ilusión. El capitán de navío MAHAN, de la Armada norteamericana, importante publicista naval del mundo, al

referirse a la salida a la mar del almirante Cervera y sus valientes naves, no vacila en escribir estas hermosas frases: «Sentenciado irremisiblemente por la locura o el falso orgullo nacional que se manifestaba en forma de presión política, sorda a todo juicio profesional y experiencia militar, así, de esa suerte, se hizo a la mar el almirante.» No necesitan mucha explicación esas palabras.

Los implacables documentos del almirante Cervera -al menos en los redactados por su pluma- venían a resaltar la incapacidad de los hombres de Estado, la ignorancia de los gobiernos, el desajuste de una opinión pública mal orientada por la fuerza irresistible de un mal entendido patriotismo, y la inconsciencia de gran parte de la prensa nacional que no supo o no quiso expresarse con claridad en torno al conflicto, convencida de la superioridad de nuestros barcos. Todos ellos serán factores muy a tener en cuenta en la responsabilidad final del desenlace. De aquí que los documentos de don Pascual permitan asimilar todas las lecciones y enseñanzas de una guerra naval que España, mal que le pese, se ve obligada a aceptar en el poco propicio escenario que imponen las circunstancias. Guerra que tiene un planteamiento político -que no impedirá el conflicto- un desenlace bélico -al que fue imposible sustraerse tras la voladura del *Maine*- y unas consecuencias socio-políticas cuyas secuelas se arrastrarán durante largo tiempo.

Siempre se ha dicho ¡ay de los vencidos! pero ahora hay que agregar ¡ay de aquellos a quienes se envían para que sean vencidos! Los documentos del almirante Cervera pusieron las cosas en su sitio; cruzaron las fronteras, y tanto en Europa como en América, recibieron amplios y elogiosos comentarios. En Estados Unidos, donde ya el almirante gozaba de un amplio campo de admiración, fueron editados a expensas del gobierno que los divulgó rápidamente por todos los centros de estudios militares y navales de la nación. Tan profunda impresión causó la lectura y el auténtico conocimiento de los hechos, que en elegante desagravio, el Departamento de Marina tuvo el detalle de enviar a Cervera un ejemplar lujosamente encuadernado.

También en España la fuerza de la razón se impuso sobre las sinrazones de la injusticia, y desde todas las esferas sociales, desde todos los sectores de opinión, las muestras y los testimonios de adhesión fueron incontables. Si de una parte el heroico y sufrido almirante había conquistado la admiración del mundo, de otra, en auténtico y sincero plebiscito, el pueblo español, tan engañado un día, devolvía su confianza ilimitada, no al vencido circunstancial de un triste combate, sino al glorioso portador de las virtudes y grandezas de una raza.

Aún quedan años por delante para que en esta época tan dada a conmemoraciones y recuerdos se rinda un merecido homenaje centenario a los marinos del 98.

Eduardo Bernal, IHCN, R5 todo noticias.